

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN

AGROFILM Y BIBLIOTECAS VIAJERAS

LA difusión de conocimientos agrarios por medio del cinematógrafo da excelentes resultados. En poblaciones rurales y campos se crece a los agricultores una serie de cintas documentales encaminadas a divulgar técnicas y procedimientos útiles en las faenas campestres, documentales que pertenecen a todos los países y que las representaciones diplomáticas facilitan con tal fin. Quiere decir que el agricultor aprovecha, no sólo las experiencias del país, sino las que se llevan a cabo en otras partes. Las presentaciones que hace agrofílm van acompañadas de charlas y breves explicaciones a cargo de especialistas, quienes responden, después de cada película, a las preguntas que les formulan los campesinos. El aprendizaje es por lo tanto gráfico y completo. Las explicaciones y enseñanzas están regularmente a cargo de ingenieros agrónomos. Pero además de las preguntas, se establecen coloquios, se trata de que los agricultores las comenten en su lenguaje sencillo, lejos de todo dogmatismo. Aparentemente, es fácil, nos decía una de las personas encargadas de esta obra de agrofílm, desde el punto de vista teórico decir que se pasan películas ante agricultores, a hacer cacharros de arcilla, o conjuraba a los malos espíritus, y las señoras se ocupaban de la cocina y de los niños. El «trabajo» quedó «dividido». El resultado final, hoy, y todavía no da la impresión de ser precisamente «final», es el archiconocido: el vecindario se distribuye en «oficios» o «profesiones», innumerables, por una parte, y por otra, progresivamente especializados. No hará falta recordar que el tema ha dado pie a una vasta literatura, quejumbrosa en general. «¡La barbarie de la especialización!», clamaba don José Ortega en su tiempo. Y lo curioso es que, ni Ortega ni la mayoría de quienes comparten el lamento, apenas han tenido en cuenta los reflejos cotidianos, pragmáticos, del asunto. Cuando se piensa en un «especialista», la referencia suele dirigirse a las zonas abrumadoramente doctas de la sociedad.

Desde luego, sin «la división del trabajo» aún seguiríamos sobreviviendo a nivel del Paleolítico, y es probable que sea un supuesto optimista. También resulta evidente que la dichosa «división del trabajo» constituye el origen primero de las desigualdades de clase, y de hecho, el origen continuo de esas desigualdades. Los contrastes no dejan lugar a dudas: entre un barrendero y un presidente de consejo de administración, entre un peón y un médico de campañillas, entre el minero y el militar, entre la mecanógrafa y su patrón. La noción de plus valía, al fin y al cabo, va ligada a tales divergencias en el ejercicio de una «actividad» digamos laboral. Una vez «dividido», el trabajo se convirtió en lo que los poetas líricos acostum-

braban a designar con la bella frase —tópica— de «fuente de dolor», para muchos, por lo menos. Y así funciona el mecanismo. Los postulados redentoristas tienden a afirmar que, cuando se cumplan las profecías, desaparecerá «la división del trabajo», y el hombre volverá a ser el hombre «completo» inicial, que se «realiza» en todas sus virtualidades. La hipótesis resulta bastante confusa, y sugiere la perspectiva «histórica» de un mundo idílico cargado de máquinas, poco convincente. Algunos hablan, más eufóricos, del «uomo universale»...

Eso del «uomo universale» es una superstición como otra cualquiera. Con una inocencia genial, se parte de la premisa de los grandes fulanos del Renacimiento fueron unos tíos envidiables: Leonardo pintaba, inventaba artefactos, filosofaba, componía música, construía puentes o fortalezas, y Miguel Ángel no le iba a la zaga, y... La verdad es que esta fauna excepcional era siniestra, frenéticamente psicopática, por más obras maestras que saliesen de su cacumen: no sirven como «ideal democratizable». Personalmente, considero una estupidez, y lo que es peor, una crueldad, «desear» al prójimo del futuro una «vida» como la del Vinci o la del Buonarroti. Y, además, tampoco es éste el caso. La gente desconfiaba de las utopías, y una persona sana y discreta, en sus cabales, no aspira a ser un «genio», sino a consumir su lote de años con un mínimo de afabilidad física y moral. A este nivel, «la división del trabajo» tiene enormes repercusiones. Ya he aludido a la principal: la que comporta, de un modo u otro, una «acentuación» de las «diferencias» económicas. Pero hay mucho más: más cada día que pasa. Por expresarlo de forma contundente y banal: no nos fastidia tanto el no «saber» pintar, o hacer poemas, o aplicarnos a las altas delicias de la Cultura, como el no «saber» arreglar nuestro motor descompuesto.

Todo aquello de la «barbarie de la especialización» no dejaba de ser un planteamiento enfático: propio de catedráticos. Uno «sabe»

mucho, muchísimo acerca de Shakespeare o de Spinoza e ignora el Segundo Principio de la Termodinámica, y viceversa, los adictos de la Termodinámica carecen de humanidades. Snow lo denunciaba con éstos o parecidos ejemplos. No niego el «drama» de fondo que eso implica. Es gordo. Pero... El «saber» y el «no saber» producto de «la división del trabajo» tiene otras implicaciones más inmediatas, que, en la actualidad, se nos imponen, amargamente. Se estropea el televisor, o el coche, o la nevera, o un sencillo enchufe, el grifo del lavabo, y «no sabemos qué hacer»: «no sabemos», a secas. Nuestros abuelos quedaban al margen de tantas perplejidades, y no porque «supiesen» más que nosotros, sino porque su horizonte de chismes era breve y elemental. En un apuro, ellos podían salir del paso con la rueda de su carro, la garrucha del pozo, la reja del arado, el intrínquilis de la cerradura. El más simple de los electrodomésticos a nuestro alcance se nos escapa. Se le escapa hasta al ingeniero más titulado. hay que ver la cara que pone un ingeniero —lo sé por experiencia, y no se trataba de ingenieros precisamente mediocres— ante un carburador vacilante, y en medio de una carretera solitaria...

No podríamos vivir sin el lampista. Me atrevo a puntualizarlo así, en términos de caricatura. Por descontado, todo el tinglado descansa sobre lo que se ingenian los señores de los laboratorios y de las cátedras: los «especialistas» sublimes. En la rutina diaria, el lampista nos resulta más urgente. La lavadora, el seiscientos, el hornillo eléctrico, la cañerías del baño, el transistor, proceden de las especulaciones de la técnica elevada; pero cuando se estropean, hay que acudir al «mecánico» más escaso. El sabe cómo arreglar el estropicio. Es el «especialista», exactamente. Un especialista menor, subalterno, habitualmente empírico, que, en definitiva, salva la situación. Estos manipuladores de engranajes, curanderos de máquinas, son los últimos artesanos que conservan las áreas

Miguel Angel ASTURIAS
(Premio Nobel)

DE LA ESPECIALIZACION

HACER LO QUE SE SABE

mucho, muchísimo acerca de Shakespeare o de Spinoza e ignora el Segundo Principio de la Termodinámica, y viceversa, los adictos de la Termodinámica carecen de humanidades. Snow lo denunciaba con éstos o parecidos ejemplos. No niego el «drama» de fondo que eso implica. Es gordo. Pero... El «saber» y el «no saber» producto de «la división del trabajo» tiene otras implicaciones más inmediatas, que, en la actualidad, se nos imponen, amargamente. Se estropea el televisor, o el coche, o la nevera, o un sencillo enchufe, el grifo del lavabo, y «no sabemos qué hacer»: «no sabemos», a secas. Nuestros abuelos quedaban al margen de tantas perplejidades, y no porque «supiesen» más que nosotros, sino porque su horizonte de chismes era breve y elemental. En un apuro, ellos podían salir del paso con la rueda de su carro, la garrucha del pozo, la reja del arado, el intrínquilis de la cerradura. El más simple de los electrodomésticos a nuestro alcance se nos escapa. Se le escapa hasta al ingeniero más titulado. hay que ver la cara que pone un ingeniero —lo sé por experiencia, y no se trataba de ingenieros precisamente mediocres— ante un carburador vacilante, y en medio de una carretera solitaria...

No podríamos vivir sin el lampista. Me atrevo a puntualizarlo así, en términos de caricatura. Por descontado, todo el tinglado descansa sobre lo que se ingenian los señores de los laboratorios y de las cátedras: los «especialistas» sublimes. En la rutina diaria, el lampista nos resulta más urgente. La lavadora, el seiscientos, el hornillo eléctrico, la cañerías del baño, el transistor, proceden de las especulaciones de la técnica elevada; pero cuando se estropean, hay que acudir al «mecánico» más escaso. El sabe cómo arreglar el estropicio. Es el «especialista», exactamente. Un especialista menor, subalterno, habitualmente empírico, que, en definitiva, salva la situación. Estos manipuladores de engranajes, curanderos de máquinas, son los últimos artesanos que conservan las áreas

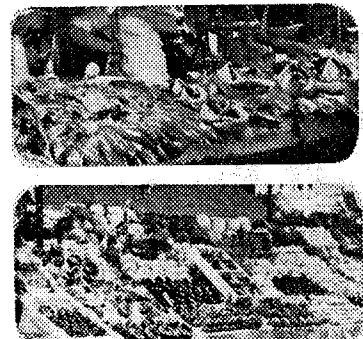
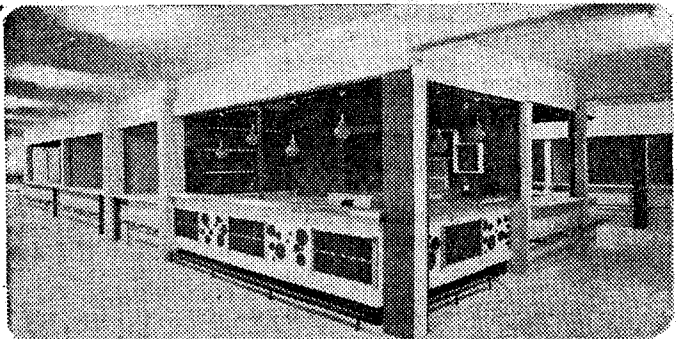
superindustrializadas. En los territorios que aún no han alcanzado tan elevada graduación, el fenómeno se despliega en proporción a su «desarrollo». Por lo demás, el «artesano» es caro en tales contextos. Cuentan que en Nueva York ya nadie pone medias sueltas a sus zapatos: no hay remendones, que, para ir tirando, saldrían por un ojo de la cara... El fontanero simbólico, de todos modos, representa el punto clave: fontanero, lampista, mecánico, o como sea.

Ni siquiera «sabemos» arreglar un trasto domiciliario. Cada «especialización» supone la ignorancia en lo restante, y, si un arquitecto ignora los trucos de la lógica formal o un erudito es analfabeto en biología o en física orgánica, las consecuencias son menos «incómodas» que la común torpeza frente a cualquier motor en «panne». Las tiendas han puesto a la venta unas cajas de herramientas y el eslogan de «Hágalo usted mismo». La «chapuza» es una eventualidad: en castellano, «chapuceria» es algo «mal hecho», algo que no se ha «sabido» hacer como Dios manda. Improvisado y provisional, la compostura en cuestión nos devuelve al «lampista», que lo hace mejor, porque «sabe» hacerlo. Etcétera. Quedamos pendientes los unos de los otros, ya que cada cual es «lampista» en su esfera, el lampista de su esfera. Por ahí, «la división del trabajo» se presenta como insoluble y como oprobiosa. Algún observador suspicaz ha insinuado que muchas complicaciones técnicas de los aparatos que usamos sólo obedecen al designio de preservar para el «especialista» el recurso de la reparación o de la vigilancia. Quizá sí. Pero lo cierto es que «no sabemos» —ni sabemos hacer— casi nada, fuera de lo que nos es restringidamente propio y personal. No estoy muy seguro de que de ello derive una especie nueva de «solidaridad»... El embrollo, difícil de encuadrar en estadísticas y poco apreciado por los sociólogos, exige una cierta reflexión...

Joan FUSTER

MARTORELL NUEVO MERCADO

TELEMARKETING 232 2037 BARCELONA



Se comunica a los comerciantes del ramo de la alimentación que están interesados en la propiedad de un puesto, se dirijan a las oficinas de contratación (situadas en las mismas dependencias del mercado) Sr. Peris. Dirección: 24 de Enero, 6 y 8 y Avda. Gral. Mola, 33. Teléfonos: 875.08.94 y 875.08.89. PROXIMA INAUGURACION

MODERNO MERCADO DE MARTORELL

Llamada a ocupar uno de los primeros puestos en la economía catalana, por su estratégica situación como centro de expansión comercial e industrial, cuenta a partir del verano de 1972 con un MODERNO MERCADO en el que se darán cita comerciantes de toda la comarca en el extenso radio de atracción, que la población ejerce en la zona.

EL MODERNO MERCADO DE MARTORELL está situado en la confluencia de las carreteras de Lérida y junto al acceso de la autopista de Barcelona a Tarragona.

Ha sido dotado de las instalaciones y adelantos técnicos, susceptibles de cubrir las necesidades de Martorell, en pleno auge de crecimiento.

Ocupa dos grandes plantas de gran superficie. Se ha previsto una distribución racional del espacio, que asegure el tránsito del numerario público, de forma que circule por todas las dependencias, con la máxima fluidez y comodidad a través de los rampas de acceso, amplias esca-

leras y ascensoras. Las montacargas y una rampa especial, facilitan el suministro independiente de la mercadería.

Modernos puestos con acabados de primera calidad y mostradores de mármol grueso, así como el revestimiento cerámico interior total, la instalación de puntos de luz y fuerza, conducción de agua y por último puertas metálicas enrollables, confieren un aspecto agradable, limpio y cómodo, tanto para la venta, como para la ordenación del género.

Espaciosas y patentes cámaras frigoríficas, alimentadas por un transformador propio, garantizan la continuidad y aseguran la conservación del género en stock.

Galerías comerciales, snack bar y servicios sanitarios, complementan las modernas instalaciones del mercado.

Pescadería fresca, Pescadería salada, Conservas salazón, Frutos y Verduras, Carnicería, Carnicería caballar, Despojos, Tórnica, Charcutería, Hueverías, Pollerías, Abacerías, Aceites y Jabones, Comestibles, Mantequeras, Legumbres y Cereales, Licorería, Pastelerías, Café-bar, Bollería.

mejore y no abandone su forma física después de las vacaciones

FUNDADA EN 1868

GIMNASIO

GARCIA ALSINA

DIRECCION MEDICA D. GARCIA-ALSINA

DIPUTACION, 239
TEL. 221 21 60

VIA AUGUSTA, 158
TEL. 217 27 99

APARCAMIENTO EN AMBOS GIMNASIOS